

YÁIZA SEVILLANO



ÁNGELES

DEL INFRAMUNDO

Ángeles del Inframundo

Yáiza Sevillano

 matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Yáiza Sevillano, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-08-27917-4

Depósito legal: B. 17.028-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Dulce compañía

Barcelona, 1967

Diego nunca había pensado en la muerte, pero era lo bastante mayor como para poder leer las expresiones de preocupación. Era evidente que su padre se había hecho daño con el coche, pero no entendía mucho más. Cansado de que no sucediera nada, de que nadie le explicara qué estaba pasando y del ambiente gris y desamparado de la habitación, se había sentado en el parque que había frente al hospital y había empezado a hacer trazos en la tierra.

*Ángel de la guarda,
dulce compañía.*

Esa era la oración que, según su madre, debía recitar todas las noches. Primero dijo las palabras mentalmente mientras arrastraba por el suelo la ramita que había encontrado. Sin darse cuenta, había comenzado a dibujar un ángel. A pesar de que él nunca había visto al suyo, le parecía evidente que cada niño debía tener uno asignado. Poco a poco, pasó a cantar el rezo en voz alta, pero no se limitó a entonarlo y ya está, sino que esta vez deseó fervientemente reunirse con su protector. Se lo imaginó allí, de pie, resguardándolo bajo sus alas e iluminando el parque.

*Ángel de la guarda,
dulce compañía,
no me desampares,
ni de noche ni de día.*

A los pocos minutos, oyó el batir de unas alas y un suave aterrizaje detrás de él, y supo que había funcionado. Había oído su llamada.

—¿Ese soy yo? —preguntó una voz masculina a su espalda, señalando el dibujo en la tierra, que ya tenía un halo sobre la cabeza y unos ojos bondadosos.

—Sí —respondió Diego.

Cuando se giró para verlo, le dio el sol en los ojos y este lo cegó casi por completo. Sin embargo, el niño llevaba demasiado tiempo queriendo encontrarse con uno de ellos, y se negaba a darse por vencido. Utilizó la mano libre como visera para poder admirar sus alas recortadas por los rayos solares, y levantó el rostro en un intento de distinguir su cara. La criatura, que llevaba unas gafas de sol oscuras y una gorra de publicidad, le devolvió la mirada —o eso quiso creer Diego— y su boca se curvó ligeramente en una sonrisa. Si el chaval hubiera tenido solo un poquito de sentido común, ese gesto le habría producido escalofríos, pero el caso es que la irresponsabilidad y la inconsciencia que años más tarde traerían a sus padres por la calle de la amargura eran, en realidad, una patología de nacimiento.

—¿Por qué me has llamado? —preguntó él.

—Porque mi padre está malo.

—Y tú no quieres que le pase nada, ¿verdad?

Diego negó en silencio.

—¿Y quieres que yo lo ayude?

Asintió. No añadió nada más, porque, de todas maneras, la respuesta le parecía obvia.

—¿Estás seguro? —insistió—. Tendremos que hacer un trato para que pueda hacerlo.

—¿Qué trato?

Él se agachó para quedarse a su altura. De haber estado más atento, Diego hubiera podido comprobar que no era un efecto de verlo a contraluz; su ángel tenía las alas negras.

—¿Sabes qué? —contestó entonces, e inclinó la cabeza hacia un lado—. No está bien aprovecharse de alguien tan pequeño, y hoy estoy teniendo un buen día. Vendré a buscarte en quince años. —Siendo consciente de que el crío no estaba entendiendo ni una sola palabra de lo que decía, agregó—: ¿Qué te parece si yo te ayudo ahora y tú me ayudas cuando seas mayor?

—Vale —accedió Diego alegremente. Seguía sin entender muy bien a qué se refería, pero en ese momento le bastaba con saber que había conocido a su ángel de la guarda y que se habían hecho amigos.

Rock and roll all nite

Diego



Puede identificarse fácilmente a un demonio por sus alas negras, tan distintas a las blancas de los ángeles, así como por sus cuernos y su cola, también negra y similar a la de un león.

Demonología básica para invocadores, capítulo I

Barcelona, 13 de diciembre de 1982

He bebido demasiado. Como diría mi amigo Canito, voy más pedo que Alfredo. Estoy bastante seguro, porque el suelo se mueve en todas direcciones y tengo la sensación de que voy a caerme de morros en cualquier momento. Y, si eso pasa... No, cuando eso pase, no podré levantarme en horas. He fumado demasiado, eso también lo sé. Y puede que esta noche no me haya limitado solo al tabaco.

Durante años, me he convencido a mí mismo de que salir de fiesta es parte de mi trabajo como músico; si quiero dedicarme a esto, venderle mi alma a la música y arder en el proceso, primero tengo que descender a los infiernos... o, lo que es lo mismo, a los pubs más cochambrosos de Barcelona. Para empaparme de la esencia que me susurran las canciones no basta con escuchar los vinilos desde el sillón, no. Eso puede funcionar con Mozart o con Beethoven, pero a los Rolling hay que sentirlos. Es necesario —vi-

tal, incluso— notar las vibraciones del arte retumbando sobre la piel.

Porque he nacido para ser una estrella del rock, eso lo tengo clarinete. El único problema es que he nacido en el momento equivocado y en el país equivocado. En España, en lugar de Inglaterra, para ser exactos, y con diez años de retraso. Es completamente absurdo, pero estas son las cartas que me han tocado.

He intentado montar una banda en varias ocasiones, pero, cuando buscas gente que esté dispuesta a dejarlo todo por actuar en un garito de mala muerte, las opciones no salen de debajo de las piedras. El rock no es un lío de una noche, como suelo decir. El rock es para amarlo toda la vida y casarse con él, joder.

Pero por lo visto ahora venden las canciones «melódicas». Abba, Camilo Sesto, Los Pecos, ¡por el amor de Dios, si esos dos parecen una agrupación de voces blancas! ¿Es que todavía no les ha salido pelo en el pecho? ¿Les han cortado los huevos? Por eso me veo obligado a patearme estos antros del demonio; si estoy buscando a alguien tan desesperado como yo, el fondo del vaso de un cubata me parece tan buen lugar como cualquier otro.

Mis padres, desde luego, tampoco resultan de mucha ayuda. De ninguna, en realidad. A mi madre le gusta fingir que le duele no verme el careto a diario, pero sé que en el fondo le alivia pensar que se ha librado del desviado que tiene por hijo. Tampoco es que quiera su dinero, de todas maneras. En fin, me iría genial para contratar a unos músicos decentes y obligarlos a tocar lo que me salga de los cojones, pero su pasta tiene unas normas muy concretas. Sé que, en caso de comprar una mísera guitarra con él, por ejemplo, me cortarían el grifo y «hasta luego, Lucas». En otras palabras: preferirían verme pidiendo limosna antes que apoyarme con esto de «la música esa de los chalados», como lo llama mi padre.

Entro en el baño para mear por quinta vez esta noche y admito para mis adentros que puede que me haya pasado un poquito con las cervezas. Apoyo la frente en la pared para evitar caerme sobre mi

propio meado, porque Jesucristo sabe que sería capaz de quedarme dormido aquí mismo. Dios, tengo muchísima hambre. Necesito desesperadamente un bocadillo de lomo con queso. Qué cojones, necesito comerme una vaca entera. Justo cuando empiezo a subirme la bragueta, decidido a salir a buscar el bocata más grande que pueda encontrar a estas horas de la madrugada, una voz masculina retumba a mi espalda.

—Hola, Diego. ¿Te acuerdas de mí?

Al principio pienso que será un antiguo rollo, porque su musicalidad se enrosca de forma seductora para llegar hasta mí y me eriza la piel de la nuca.

Me giro para averiguar de quién se trata, y llego a la conclusión de que no he visto nunca al tío que está apoyado en la pared. Desde luego, nunca me he enrollado con él, porque ni siquiera estando tan borracho podría olvidarme de un tipo como este. Mi cabeza comienza a gritarme que me estoy perdiendo algo importante, así que hago un esfuerzo por enfocar la vista en los detalles. Mierda, no tendría que haberme dejado las gafas en casa.

Una de dos: o el tío es un excéntrico al que le gusta disfrazarse o, definitivamente, he bebido en exceso. Y tiene que ser una de esas dos opciones, porque la tercera implica que tengo delante a un puto demonio.

Is this the real life?
Is this just fantasy?

Gio



El convenio determina que el pago por defecto correspondiente al cumplimiento del deseo será el alma del humano invocador, a no ser que se estime otra compensación.

Procesos demoníacos, capítulo I

El humano entrecierra los ojos y se apoya contra la puerta de una de las cabinas individuales.

—¿Te acuerdas de mí? —repito.

—Claro, tronco.

Por cómo arrastra las palabras, sé que es bastante improbable que consiga recordar siquiera su propio nombre. «Bien —pienso—, la borrachera le servirá de anestesia.»

—No, la verdad es que no —admite entonces—. Pero ojalá me acordase.

Arqueo las cejas al oír ese último comentario, y no puedo evitar que una sonrisa traviesa me trepe por los labios.

—Te lo pondré fácil, en ese caso. Cuando tenías seis años tu padre tuvo un accidente de coche e invocaste a tu guarda. ¿Lo recuerdas?

Algo en la mente del humano parece activarse, porque sus ojos azules se abren como platos y hace un esfuerzo por enderezarse de

repente. Por lo menos, ya no aparenta estar sonámbulo. Con voz pausada, añade:

—Pero no hay ángeles, Diego. Así que me llamaste a mí.

—¿Eres médico? —balbucea.

Esto va a ser más difícil de lo que esperaba. Tengo que reprimirme para no soltar una exhalación de hastío, pero lo consigo. Ante todo, soy un profesional.

—Soy un demonio.

—Qué dices, tronco. Tú alucinas pepinillos. ¿Cómo sabes lo de mi padre?

—Te prometí que volvería a por ti en quince años, y ese tiempo ha pasado. ¿Has disfrutado de tu mortalidad?

A pesar de que soy directo, parece que el humano no quiere o no puede entender ni una palabra de lo que le digo. Se tambalea hasta lograr sostenerse por sí solo, avanza poco a poco hacia mí y extiende el brazo y la mano como si quisiera rozarme la mejilla. Si el gesto no me hubiera pillado por sorpresa, creo que lo habría apartado de un manotazo.

—Mira, si tu rollo es disfrazarte, a mí me parece bien.

Claramente, no está captando la gravedad del asunto. Me he presentado con los cuernos y las alas por delante, para tener que evitarme todo ese rollo, y aun así nada. Tratar con humanos casi siempre acababa siendo peor que el propio Infierno. Dirijo una mirada al techo y me armo de paciencia, porque sin duda voy a tener que modificar mi apariencia si no quiero secuestrar el baño toda la noche.

Cuando bajo la vista de nuevo hacia el humano, sé muy bien qué debe de estar viendo él: mis ojos son rojos ahora, como un reflejo del fuego del Averno, y mi piel, terriblemente pálida, como la de un cadáver en descomposición. Eso parece surtir efecto por fin, porque él se queda bloqueado de puro pavor antes de caerse al suelo de culo.

—¿Me crees ahora cuando afirmo que soy un demonio?

Asiente enérgicamente y, con ese movimiento, dos tirabuzones

de color azabache caen sobre sus cejas. Supongo que es incapaz de hablar.

—He venido a buscar tu alma.

Traga saliva y, después de barbotar un par de intentos, consigue preguntar:

—¿Voy a morir...?

—Es una manera de verlo.

—Pero no puedo morir —gime.

«Eso es lo que diría, literalmente, cualquier humano.» Estoy a punto de mencionarlo, pero parece dispuesto a echarse a llorar. Por el fuego maldito de Inferia, esto es el colmo.

—No todavía —insiste—. Tengo planes, tengo... Hay cosas que necesito hacer. ¿Acaso tú no tienes sueños?

Claro que los tengo, estoy aquí precisamente para llegar hasta ellos. Pero no me da tiempo a responder, porque él continúa suplicando.

—¿No te gustaría que te dieran la oportunidad de realizarlos? De rozarlos con la yema de los dedos, por lo menos.

—Te di quince años —objeto, apretando los labios con fuerza.

—Tiempo suficiente para imaginarme cumpliendo esos sueños, pero no para poder hacer nada realmente con ellos. ¡Eso es aún más cruel!

Sus palabras me ofenden más de lo que estoy dispuesto a admitir. No me llevé su alma ese día porque me pareció demasiado monstruoso aprovecharme de un niño de seis años que no se enteraba de nada (aunque el Diego adulto tampoco parece mucho más aventajado, debo añadir). ¿Y ahora el infeliz tiene el valor de insinuar que ha sido peor el remedio que la enfermedad? Valiente desagradecido. En todo caso, el humano sigue suplicando.

—Por favor. Ayúdame a cumplir mi sueño, y después seré tu esclavo. ¿No es así como funciona? ¿No puedo venderte mi alma a cambio? Haré lo que tú me pidas. Te lameré el culo si hace falta.

—No, no es así como funciona. —A una parte de mi mente le da por pensar que tampoco sería una catástrofe que cumpliera esa última

promesa, porque la verdad es que el condenado es guapo. Desecho ese pensamiento y trato de explicárselo, aunque, con lo borracho que está, dudo que sirva de nada—. Ya me vendiste tu alma hace quince años. ¿Qué más iba a poder querer de ti?

—Algo habrá que pueda darte. Dame un año. Solo quiero montar una banda de rock como Dios manda para poder morirme tranquilo. Rock de verdad, no la mierda esa de luces de colores y canciones so-sas. He nacido para esto, no puedes robármelo.

—Un año. Y luego serías mío —advierito.

—Y luego seré tuyo —asiente él.

Lo cierto es que, visto así, hay un par de puntos interesantes para tener en cuenta. Me apoyo en la pared y cruzo los brazos para permitirme pensar. Un año más no es mucho tiempo, y jugar con una banda de rock puede venirme hasta bien. Mi jefe se volvería loco si lo supiera. Le encanta llenarse la boca sobre cómo el mundo de la noche es la puerta trasera de la tentación, y se supone que ese es mi trabajo mientras permanezca en la superficie. También soy consciente de que, si quiero proteger a Vittoria, más me vale tener contento a César. Cuantas más vueltas le doy a la súplica desesperada del chico, más sentido tiene.

Todavía necesito atar algunos cabos, pero después de haber visto las condiciones de los antros por los que suele salir y tras escuchar su deseo, mi mente ya se ha puesto a trabajar en un plan. Un año entero recolectando almas. Si esto sale bien, puede ser la solución por la que llevo años luchando. Y el humano es mono.

—Está bien —accedo unos minutos después—. Un año más. Y esta es la última oportunidad que te doy.

Me enderezó y tomo a Diego del brazo para sellar el pacto nuevo. Esta vez no va a tener manera de escaparse o de apelar a mi compasión. Extraigo el puñal que llevo atado al cinto y lo clavo en una de las yemas de sus dedos, para la copia del contrato que deberé dejar en el despacho de César. Empiezo a pronunciar los detalles del pacto en latín para que todo quede perfectamente definido y, de inmediato, una ver-

sión de este comienza a tatuarse a fuego candente en nuestros antebrazos. Un instante después, el pergamino que vincula nuestro pacto y lo hace legal empieza a materializarse en la mano que tengo libre.

Un grito parte en dos la garganta del humano y me taladra los oídos. Estoy tentado de pedirle que deje de armar tanto escándalo, pero está tan traumatizado por el dolor y el miedo que comprendo que no conseguiría nada, así que lo dejo estar. Como si se hubiera propuesto confirmar ese último pensamiento, tan pronto como he terminado con todo el papeleo se desploma en el suelo del baño. Yo me lo quedo mirando unos segundos y le doy unos golpecitos en la cadera con la punta de los zapatos, pero es inútil.

Se ha desmayado.

Ahora no es más que un fardo inerte, por lo que me va a tocar cargar con él a cuestas. Mientras repaso mentalmente mi lista personal de improperios favoritos, en todos los idiomas existentes, me pregunto quién me mandará a mí complicarme las cosas de esta manera. Se supone que estoy haciendo esto para mejorar mi calidad de vida, pero, al inclinarme sobre el humano y subirlo a mi hombro, no puedo evitar que me surjan un par de dudas al respecto.